

**Es notable en todos los estratos de la población un gran desfase entre una identidad cristiana y el grado de conocimiento del misterio cristiano y de su desarrollo histórico y sus elaboraciones simbólicas y conceptuales.**

## Una ausencia significativa El intelectual cristiano

Entre las carencias de nuestra Iglesia, una, que dificulta bastante la inculcación del cristianismo en nuestra compleja realidad histórica, es la falta de intelectuales cristianos. Entendemos por tales aquellas personas caracterizadas por tres elementos: solvencia intelectual, vivencia fundamentada del cristianismo y diálogo entre su dimensión intelectual y su identidad cristiana.

Existen entre nosotros personas con una sólida formación intelectual, con un desempeño profesional eficiente y aun creativo e incluso con una actitud reflexiva ante la realidad y con la determinación de hacerse cargo solidariamente de la realidad en que vivimos. Dentro de ese conjunto, hay un grupo, tal vez minoritario pero significativo, de venezolanos que se siente sinceramente cristiano y que trata de ser consecuente con esta fe que profesa. Es excepcional, sin embargo, que estas personas tengan una formación cristiana a la altura de su formación intelectual y profesional. Y más lo es todavía que vivan en un diálogo interno entre ambas dimensiones, es decir, que su cristianismo suministre perspectivas básicas y direcciones vitales a su pensamiento y a su trabajo concreto, y que éstos a su vez planteen problemas a su cristianismo y lo doten de concreciones pertinentes.

Esta carencia de intelectuales cristianos es tanto más sorprendente y dolorosa cuanto que no siempre fue así.

Podemos hablar por el contrario de una tradición de intelectuales laicos entrañados en nuestro acontecer y para quienes el cristianismo ha sido un enfoque globalizador, fuente de perspectivas humanizadoras y liberadoras.

---

### SABEMOS POCO DE CRISTIANISMO

Desde la existencia de esta tradición, no puede invocarse el clima positivista, prevaleciente desde mediados del siglo pasado hasta mediados de éste, como causa explicativa de la inexistencia actual de un grupo significativo de intelectuales católicos. Este clima intelectual sí explica, sin embargo, la ausencia de conocimientos elementales de cristianismo en personas que en otros aspectos poseen una sólida formación. Puede hablarse de que falta ambientalmente una cultura general acerca del cristianismo, ausencia que llega no sólo al desconocimiento de los aspectos básicos sino incluso de los elementos mínimos. Hasta personas que se profesan sinceramente cristianas adolecen de este vacío. Podemos decir que no pocos venezolanos poseen conocimientos más serios de religiones orientales que de cristianismo. Una muestra bien significativa de esta carencia ambiental se da en el campo de la oferta universitaria. Venezuela será de los pocos países del ámbito occidental que no incluya una licenciatura en estudios religiosos o en

# Tenemos tradición

Ejemplos excepcionales de la tradición de intelectuales cristianos en Venezuela serían Juan Germán Roscio, Fermín Toro, Cecilio Acosta, Mario Briceño Iragorry... Hablamos de tradición, no sólo por la presencia ininterrumpida de figuras de primera magnitud y de bastantes otras realmente significativas en la circunstancia en que se desarrollaron (Juan Vicente González, Ramón Ramírez, los Caracciolo Parra, Chío Zubillaga...), sino de un modo más preciso porque todos ellos en medio de una diversidad muy personalizada mantienen algunas actitudes de fondo equivalentes, como si los animara un mismo espíritu. De alguna manera todos son autodidactas, bien porque las turbulencias de su época adolescente y juvenil no les permitieron estudios académicos sistemáticos largamente sostenidos, bien porque, como en el caso de Roscio, doctor en ambos derechos, tuvo que hacer una ruptura epistemológica y releer en soledad las fuentes cristianas para liberarse de una teología que le uncía al carro del despotismo. Esta ruptura la tuvieron que hacer todos ellos, que vivieron de algún modo a contrapelo con la ideología vigente. De ahí la soledad, e incluso la hostilidad, que todos ellos sintieron muy dolorosamente. En todos ellos se da el conocimiento, incluso la asimilación, de mucho de lo más valioso de las corrientes prevaletentes en su época; pero desde un sujeto que tiene identidad propia y conciencia de su destino, y que por eso es capaz de discernir esos aportes mundiales para echar adelante, remozándola, lo mejor de una tradición a la que se sienten pertenecer. Todos mantienen también una relación muy adulta respecto de la institución eclesial. Fermín Toro recibe su formación inicial de un tío presbítero, y todos, además de su práctica cristiana, mantienen lazos cordiales y respetuosos con varios miembros de la institución eclesial; pero ninguno de ellos tiene espíritu de monaguillo, y viven su cristianismo desde su responsabilidad personal y apelando a sus principios más trascendentes. Todos ellos son cristianos seculares, es decir, inmersos en su circunstancia, más aún, encarnados solidariamente en ella, poniendo su vida en vencer las negatividades y lograr una existencia social más progresiva y fraterna. Con esto decimos que su cristianismo no se ha realizado fundamentalmente en el templo ni menos en la sacristía sino en la vida, animada por el espíritu evangélico. Para todos ellos, el cristianismo tiene que ver con la libertad incanjeable, una libertad que se aplica a asimilar las luces y progresar, pero también a trascender el propio egoísmo en la justicia social, desde las raíces de una historia que nos da consistencia y nos marca un destino, aunque haya que superar sus estrecheces y convertirnos de sus pecados. Finalmente, Dios y Jesús han sido para ellos la referencia fundamental desde la que lo demás se podía ver en su realidad más genuina y en su verdadera dimensión, y desde la que emanaba el impulso primordial hacia la autenticidad personal y el compromiso con el país.

teología ni estudios de postgrado al respecto. Apenas funciona el postgrado en teología de la UCAB. Hasta en China se abrió hace unos años una Escuela de Ciencias de la Religión.

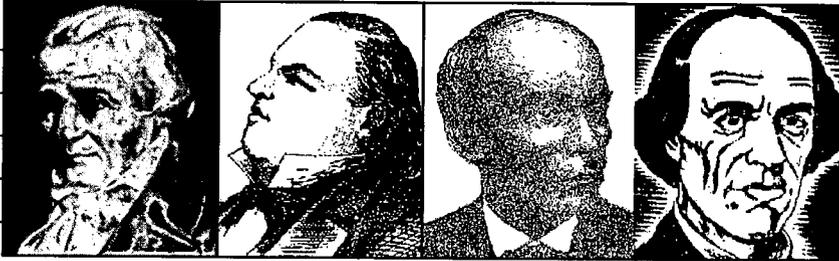
Es notable en todos los estratos de la población este desfase entre una identidad cristiana que se vive en pacífica posesión, incluso entre un genuino espíritu cristiano que informa realmente las actitudes y decisiones, y el grado de conocimiento del misterio cristiano y de su desarrollo histórico y sus elaboraciones simbólicas y conceptuales. En este punto, habría que decir que los representantes que mencionamos de esa tradición de intelectuales cristianos destacan más por su intuición certera para abordar los temas nacionales desde una perspectiva cristiana humanizadora y liberadora que por su erudición en alguno de los campos en los que se expresa culturalmente el cristianismo o por su posesión razonada y sistemática del misterio cristiano. No es que tengamos la pretensión de que sean teólogos, y menos aún en el sentido convencional de las escuelas (aunque de ningún modo queda esto descartado: en Alemania las facultades de teología funcionan en un 80% en base a varones y mujeres seglares; cosa que empieza a acontecer también en USA), pero sí esperamos que algún día en nuestro país la fe que busca entender se apertreche de elementos técnicos bá-

Roscio

González

Acosta

Toro



**Ninguno de ellos tiene espíritu de monaguillo, y viven su cristianismo desde su responsabilidad personal y apelando a sus principios más trascendentes.**

sicos (tanto conocimientos como método), de modo que ese diálogo interno y ambiental pueda ser más hondo, sistemático y fructífero.

#### HAY UN MODELO ECLESIAL QUE EXCLUYE AL INTELLECTUAL

Una pregunta indispensable es qué ha venido haciendo en este siglo la institución eclesiástica para fomentar el surgimiento de este laicado católico. Un punto de partida serían las conferencias para varones que Juan Bautista Castro, futuro arzobispo de Caracas, comenzó a dar en san Francisco desde 1886. En ellas se destaca la determinación sincera de que los varones penantes de la Caracas de entonces fueran destinatarios deliberantes del mensaje de la Iglesia. Pero esta perspectiva no pudo historizarse adecuadamente por la intolerancia (ésa era la expresión técnica) que profesaba la institución eclesiástica, empeñada por entonces en consolidar en América Latina su proyecto de restauración de la cristiandad. Para comprender la imposibilidad de que en ese esquema tuvieran cabida los intelectuales cristianos, vamos a citar un párrafo significativo de la Instrucción Pastoral de 1904 relativo a los escritores católicos: "Tengan, pues, entendido los escritores católicos que el tratar de la verdad y la justicia, de la virtud y los vicios, de asuntos teológicos y morales y en general de cuanto se refiere a la fe y a la Iglesia, es un magisterio que ha sido

encomendado y reservado por Nuestro Señor Jesucristo a los Pastores de esa misma Iglesia. Sin embargo, como en estos últimos tiempos ha crecido la licencia de escribir y hay una verdadera inundación de libros, sobre todo malos, y una insaciable avidez de leerlos, de donde resulta que los escritores públicos han llegado a ejercer una grande influencia sobre la opinión de los pueblos, es oportuno y útil que los escritores católicos se ocupen en aquellas materias, con tal que lo hagan con licencia de la Autoridad Eclesiástica, observando los decretos generales sobre la prohibición y censura de libros, con plena dependencia de ella y conforme a las doctrinas enseñadas por la Iglesia" (nº 648. Tip. La Religión, Caracas 1905, 243-244).

Como se ve, en este esquema eclesiológico, a los laicos no les corresponde de suyo hablar de la verdad, la justicia, la moral ni, por supuesto, de la fe y la Iglesia. Pero, como existen escritores que suscitan la opinión pública, es útil que los escritores católicos se ocupen de esas materias, con tal que sean los escribanos de la jerarquía. Es obvio que la plena dependencia que se postula es en sí misma la negación del estatuto de intelectual; y, aunque a muchos no resulte tan obvio, es también el vaciamiento de la condición cristiana del intelectual, ya que implica el desconocimiento del carisma propio que éste posee.

Este esquema pesó mucho en nuestra Iglesia y está muy lejos de haber sido superado. La mayoría de los pastores se han resignado al pluralismo ideológico ambiental, porque no les queda más remedio, y transigen con que haya libertad pública dentro de la Iglesia porque no está en sus manos prohibirla o para evitar males mayores. Sin embargo, en las publicaciones que dependen directamente de ellos, por regla general, no es muy grande el margen de tolerancia. Más aún, se puede sospechar que la propensión, tan notoria en los últimos tiempos, a crear una red comunicacional y educativa de propiedad eclesiástica tiene que ver con una versión moderna del esquema restauracionista en la que la dependencia económica del empleado es el equivalente de la plena dependencia y la censura de antaño. Aunque también hay que destacar que los pastores que en nuestra Iglesia han tenido más significatividad social han sido más bien liberales, en el sentido más genuinamente cristiano de esta palabra (cf 2Cor 3,17), y han propugnado sinceramente "una Iglesia libre en un Estado libre", una libertad constructiva (cf 1Cor 10,23-24), realizada en el diálogo (que no elude la confrontación) y la colaboración.



### LA EDUCACIÓN CATÓLICA NO PROPICIA INTELLECTUALES CRISTIANOS

La orientación de la educación católica también ha contribuido a que no surgiera el intelectual cristiano como grupo significativo. El apunte puede sonar paradójico, pero no por ello deja de ser cierto. Los objetivos que efectivamente ha perseguido esta educación entre nosotros pueden agruparse en tres capítulos: El primero, lograr una educación de calidad según los cánones del momento. Esto ha significado, ante todo, dos adquisiciones: primera, la normalidad educativa, es decir, que se cumpla rigurosamente con el calendario escolar, y que el tiempo se emplee de modo eficiente: con orden y con método. Pero, sobre todo, poner a Venezuela a la altura de los

tiempos en materia educativa: la modernización. El segundo objetivo se refiere al plano formativo y se resume en la honradez, tanto en la vida privada como en la profesional y la social. El tercero expresaría la orientación de todo el proceso: la persona no se realiza cuando vive sólo para sí sino cuando se trasciende en los demás y de un modo especial en el aporte generoso y fraterno a quienes lo necesitan. Estos objetivos se han logrado en un grado realmente significativo para el conjunto del país. De este aporte deriva en buena medida el prestigio de la Iglesia y su confiabilidad.

Sin embargo, a lo largo del proceso, se hicieron sentir dos ausencias muy notables. La primera es la carencia de mística. En la educación católica ve-

**En la educación católica venezolana, Dios ha sido más el motivo por el que uno salía de sí, cumplía con su deber y se entregaba a los demás, que un tú con el que relacionarse diariamente, personalizadamente.**

nezolana, mística equivalió a generosidad, a entrega sin cálculos. Y, en ese sentido, muchos educadores tuvieron enormes dosis de mística y contagiaron de ella a no pocos muchachos que la cultivaron a lo largo de su vida como un gran tesoro. Un campo de aplicación privilegiado para ejercer esta mística fue la cuestión social. Sin embargo, no se cultivó como verdadera prioridad, con dedicación y finura, la mística en el sentido propio de la palabra, es decir, la relación personal y libre con Dios y con Jesús, la vida en el Espíritu. Dios, en la educación católica venezolana, ha sido más el motivo por el que uno salía de sí, superaba negatividades, cumplía con su deber y se entregaba a los demás, que un tú con el que relacionarse diariamente, personalizadamente, hasta que esa relación lleve la voz cantante en la propia vida. La educación católica no ha incluido entre sus objetivos introducir realmente a niños, adolescentes y jóvenes en este proceso de irse poniendo en la manos de Dios, de seguir discipularmente a Jesús de Nazaret, de obedecer el impulso interior del Espíritu y discernir su paso en la historia concreta que nos toca vivir.

La segunda ausencia es la formación teológica. Frente a la laguna ambiental a la que nos hemos referido, podía haberse esperado una dedicación particular a subsanar tanta ignorancia. Pero no fue así. Para los religiosos y

religiosas educadores, el contenido teórico del cristianismo quedaba reducido a una doctrina consabida y estereotipada, casi podemos decir a un ideología sumaria, que, eso sí, se impartía y remachaba frecuentemente. No hubo por regla general inquietud intelectual. Vivían en pacífica posesión de lo recibido y así lo inculcaron a sus alumnos. Lo nuevo era recibido poco más que como eslogan, y así se transmitía. En la educación católica, la dimensión teórica del cristianismo tenía la forma de los esquemas claros y distintos y de las consignas entusiasmadoras. Pero no se dio la fe que busca entender, que abre horizontes, que da que pensar. La fe no era una relación tan profunda con Dios que permitía cualquier pregunta, cualquier duda y aun perplejidad, que propiciaba ir siempre más allá también en el conocer. Era, por el contrario, la seguridad que proporcionaban formulaciones rotundas e incuestionables.

Naturalmente que esa conceptualización de catecismo no servía para dialogar con las inquietudes de la universidad ni con las complejidades de la vida adulta. Cuando no se dejó por el camino como cosa de muchachos, el cristianismo se reducía entonces a un espíritu, a unas actitudes básicas, a una determinada dirección vital. Esa canalización es fruto de una intuición sana; pero la puesta entre paréntesis de lo intelectual es un reduccionismo que a la larga afecta bastante.

### MÍSTICA Y TEOLÓGIA

Creemos que ambas ausencias están lejos de corregirse y, si no se subsanan, no es probable que surjan intelectuales cristianos. La mística es la que da autenticidad y genuinidad al laico cristiano. Esa relación personalizadora con Dios es la fuente de su autoridad: sabe de qué habla, habla de lo que ha experimentado, es un testigo consciente. Esa religación es la base de su libertad: es cristiano por la gracia de Dios; no es monaguillo de nadie, aunque viva en comunión con el resto del pueblo de Dios y con sus pastores. Pero no es vocero de ellos. Esa relación da también la sustancia de su competencia: no habla de todo, como por oficio; habla a la medida del don recibido.

Pero, como el cristianismo es una fe encarnada en la historia, esa relación trascendente está mediada por una tradición que se plasma ante todo en la Biblia y secundariamente en esa cadena de relecturas que llega hasta hoy, para tener nosotros en nuestra situa-

ción una relación con Dios y con la sociedad equivalente a la que Jesús tuvo en su circunstancia. Aquí está entrañada la necesidad, tanto de conocer esos documentos básicos, como de echarle cabeza para escribir hoy nosotros ese nuevo capítulo que nos toca vivir.

Sin ese conocimiento del fundamento de la fe que profesamos (cf Lc 1,4) no cabe un diálogo a fondo con los otros niveles de conocimiento y racionalidad que hay en la propia persona del intelectual ni por consiguiente con el mundo intelectual del país.

Hemos tratado de poner el dedo en la llaga de una ausencia bien significativa en nuestro cristianismo, hemos suministrado elementos para comprender el porqué de ella y, con eso, hemos apuntado en la dirección de superarla. A la vez, hemos insistido en que no partimos de cero, que existe una verdadera tradición de intelectuales cristianos en nuestro país. Y que es imperioso que vuelvan a existir como grupo significativo, porque hoy también existen, pero como excepción.

#### PEDRO TRIGO

Jesuita, doctor en Teología,  
miembro del Centro Gumilla.